

Perros tras el ganado

El ladrido monótono y largo, agudo hasta ser taladrante, triste como un lamento, azotaba el vellón albo de las ovejas conduciendo la manada. Esta, marchando a trote corto, trisca que trisca el ichu duro, moteaba de blanco la rijosidad gris de la cordillera andina.

7

Era una gran manada, puesto que se componía de cien pares, sin contar los corderos. Porque ha de saberse que tanto la Antuca, la pastora, como sus taitas y hermanos, contaban por pares. Su aritmética ascendía hasta ciento, para volver de allí al principio. Y así habrían dicho «cinco cientos» o «siete cientos» o «nueve cientos», pero, en realidad, jamás necesitaban hablar de cantidades tan fabulosas. Todavía, para simplificar aún más el asunto, iban en su auxilio los pares, enraizados en la contabilidad indígena con las fuertes raíces de la costumbre. Y después de todo, ¿para qué embrollar? Contar es faena de atesoradores, y un pueblo que desconoció la moneda y se atuvo solamente a la simplicidad del trueque, es lógico que no engendre descendientes de muchos números. Pero estas, evidentemente, son otras cosas. Hablábamos de un rebaño.

La Antuca y los suyos estaban contentos de poseer tanta oveja. También los perros. El tono triste de su ladrido no era más que eso, pues ellos saltaban y corrían alegremente, orientando la marcha de la manada por donde quería la pastora, quien, hilando el copo de lana sujeto a la rueca, iba por detrás en silencio o entonando una canción, si es que no daba órdenes. Los perros la entendían por señas y acaso también por las breves palabras con que les mandaba ir de un lado para otro.

*Por el cerro negro
andan mis ovejas,
corderitos blancos
siguen a las viejas.*

La dulce y pequeña voz de la Antuca moría a unos cuantos pasos en medio de la desolada amplitud de la cordillera donde la paja es apenas un regalo de la inclemencia.

*El Sol es mi padre,
la Luna es mi madre
y las estrellitas
son mis hermanitas.*

Los cerros, retorciéndose, erguían sus peñas azules y negras, en torno de las cuales, ascendiendo lentamente, flotaban nubes densas.

La impotente y callada grandeza de las rocas empequeñecía aún más a las ovejas, a los perros, a la misma

Antuca, chinita de doce años que «cantaba para acompañarse». Cuando llegaban a un pajonal propicio, cesaba la marcha y los perros dejaban de ladrar. Entonces un inmenso y pesado silencio oprimía el pecho núbil de la pastora. Ella gritaba:

—Nube, nube, nubeéé...

Porque así gritan los cordilleranos. Así, porque todas las cosas de la naturaleza pertenecen a su conocimiento y su intimidad.

—Viento, viento, vientoóoo...

Y a veces llegaba el viento, potente y bronco, mugiendo contra los riscos, silbaba entre las pajas, arremolinando las nubes, desgredando la pelambrea lacia de los perros y extendiendo hacia el horizonte el rebozo negro y la pollera roja de la Antuca. Ella, si estaba un perro a su lado —siempre tenía uno acompañándola—, le decía en tono de broma:

—¿Ves? Vino el viento. Hace caso...

Y reía con una risa de corriente de agua clara. El perro, comprendiéndola, movía la cola coposa y reía también con los vivaces ojos que brillaban tras el agudo hocico reluciente.

—Perro, perrito bonito...

Después, buscando refugio en algún retazo de pajonal muy macollado, se acurrucaban perdiéndose entre él. El viento pasaba sobre sus cabezas. La Antuca hilaba charlando con el perro. A ratos dejaba su tarea para acariciarlo.

—Perro, perrito bonito...

De cuando en cuando miraba el rebaño, y si una oveja se había alejado mucho, ordenaba señalándola con el índice:

—Mira, Zambo, güelvela...

Entonces el perro corría hacia la descarriada y, ladrando en torno, sin tener que acosarla demasiado —las ovejas ya sabían de su persistencia en caso de no obedecer—, la hacía retornar a la tropa. Es lo necesario. Si una
10 oveja se retrasa de la tropa de la manada, queda expuesta a perderse o ser atrapada por el puma o el zorro, siempre al acecho desde la sombra de sus guaridas.

Después de haber cumplido su deber, marchando con el ágil y blando trote de los perros indígenas, Zambo volvía a tenderse junto a la pastora. Se abrigaban entre ellos, prestándose mutuamente el calor de sus cuerpos.

Y así pasaban el día, viendo la convulsionada crestería andina, el rebaño balante, el cielo, ora azul, ora nublado y amenazador. La Antuca hilaba charlando, gritando o cantando a ratos, y a ratos en silencio de la cordillera, hecho de piedra e inconmensurables distancias soledosas. Zambo la acompañaba atentamente, irguiendo las orejas ante el menor gesto suyo, pronto a obedecer, aunque también se permitía reclinar la cabeza y dormir, pero con sueño ligero, sobre la suave bayeta de la pollera.

Algunos días, recortando su magra figura sobre la curva hirsuta de una loma, aparecía el Pancho, un chollito pastor. Lo llamaba entonces la Antuca y él iba hacia ella, anheloso y alegre, después de haberse asegurado de

que su rebaño estaba a bastante distancia del otro y no se entreverarían. Lo acompañaba un perro amarillo que cambiaba gruñidos hostiles con Zambo, terminando por apaciguarse ante el requerimiento regañón de los dueños. Estos fraternizaban desde el comienzo. Conversaban, reían. El Pancho cogía la antara que llevaba colgando del cuello mediante un hilo rojo y se ponía a tocar, echando al viento las notas alegres y tristes de los wainos y las atormentadas de los yaravíes. Uno llamado Manchaipuito angustiaba el corazón de la Antuca y hacía aullar a los perros. Ella sonreía a malas y sacaba fuerzas de donde no había para regañar a Zambo:

—Calla, zonzos... ¡Han visto, perro zonzos!

Y una vez dijo el Pancho:

—Este yaraví jue diun curita amante...

—Cuenta —rogó la Antuca.

—Un cura dizqué taba queriendo mucho onde una niña, pero siendo él cura, la niña no la quería onde él. Y velay que diun repente murió la niña. Yentón el cura, e tanto que la quería, jue y la desenterró y la llevó onde su casa. Y ay tenía el cuerpo muerto y diuna canilla el cuerpo muerto hizo una quena y tocaba en la quena este yaraví, día y noche, al lao el cuerpo muerto e la niña... Y velay que puel cariño y tamién po esta música triste, tan triste, se golvió loco... Y la gente e poray que oía el yaraví día y noche, jue a ver po qué tocaba tanto y tan triste, y luencontró al lao el cuerpo muerto, ya podrido, e la niña, llorando y tocando. Le hablaron y no respondía ni dejaba

e tocar. Taba, pues, loco... Y murió tocando... Tal vez pue-
so aúllan los perros... Vendrá lalma el curita al oír su mú-
sica, yentón los perros aúllan, poque dicen que luacen así
al ver las almas...

La Antuca dijo:

—Es ques muy triste... No lo toques...

12 Pero en el fondo de sí misma deseaba oírlo, sentía que
el desgarrado lamento de Manchaipuito le recorría todo
el cuerpo proporcionándole un dolor gozoso, un sufri-
miento cruel y dulce. La cauda temblorosa de la música
penetraba como una espada a herirle rudamente, pero
estremeciéndolas con un temblor recóndito, las entrañas.

El Pancho lo presentía y continuamente hacía gemir
los carrizos de su instrumento con las trémulas notas del
yaraví legendario. Luego le decía:

—Cómo será el querer, cuando llora así...

La Antuca lo envolvía un instante en la emoción de
su mirada de hembra en espera, pero luego tenía miedo y
se aplicaba a la rueca y a regañar al aullador Zambo. Sus
jóvenes manos —ágiles arañas morenas— hacían girar
diestramente el huso y extraían un hilo parejo del albo
copo sedeño. El Pancho la miraba hacer, complacido, y to-
caba cualquier cosa.

Así son los idilios en la cordillera. Su compañero te-
nía, más o menos, la edad de ella. La carne en sazón
triunfaría al fin. Sin duda, llegarían a juntarse y tendrían
hijos que, a su vez, cuidando el ganado en las alturas se
encontrarían con otros pastores.

Pero el Pancho no iba siempre y entonces la Antuca pasaba el día en una soledad que rompía al dialogar con las nubes y el viento y amenguaba un tanto la tranquila compañía de Zambo. Llegaba la tarde, iniciaban el retorno. En invierno no volvían más temprano, pues la opacidad herrumbrosa del cielo se deshacía pronto en una tormenta brutal. La Antuca se paraba llamando a los perros, que surgían de los pajonales para correr y ladrar reuniendo el ganado, empujándolo después lentamente hacia el redil.

13

Y eran cuatro los perros que ayudaban a la Antuca: Zambo, Wanka, Güeso, y Pellejo. Excelentes perros ovejeros, de fama en la región, donde ya tenían repartidos muchos familiares cuya habilidad no contradecía al genio de su raza. El dueño, el cholo Simón Robles, gozaba de tanta fama como los perros, y esto se debía en parte a ellos y en parte a que sabía tocar muy bien la flauta y la caja, amén de otras gracias.

Habitualmente, en el trajín del pastoreo, Zambo caminaba junto a la Antuca, ajochando a las rezagadas. Wanka iba por delante orientando la marcha, y Güeso y Pellejo corrían por los flancos de la manada cuidando de que ninguna oveja se descarriara. Sabían su oficio. Jamás habían inutilizado un animal e imponían su autoridad a ladridos por las ovejas. Sucede que otros perros innobles a veces se enfurecen si es que encuentran una oveja terca y terminan por matarla. Zambo y los suyos eran pacientes y obtenían obediencia dando una pechada o tirando blandamente del vellón, medidas que aplicaban sólo en el

último término, pues su presencia ceñida a un lado de la oveja indicaba que ella debía ir hacia el otro, y un ladrido por las orejas, que debía dar media vuelta. Haciendo todo esto, en medio de saltos y carreras, eran felices.

14 Ni la tormenta podía con ellos. A veces, el cielo oscuro, aún siendo muy temprano, comenzaba a chirapear. Si estaba por allí el Pancho, ofrecía su poncho a la Antuca. Era un bello poncho de colores. Ella lo rechazaba con un «así nomá» discreto y emprendían el retorno. Las gotas se hacían más grandes y repetidas, luego caían chorros fustigantes, retumbaban los truenos y los relámpagos clavaban en los picachos violentas y fugaces espadas de fuego. Los perros apiñaban el rebaño hasta formar con él una mancha tupida de fácil vigilancia, conduciéndolo a marcha acelerada. Era preciso vadear las quebradas y arroyos antes que la tormenta acreciera su caudal tornándolos infranqueables. Nunca se retrasaron. Avanzaban rápida y silenciosamente. En los ojos de las ovejas se pintaba el terror a cada llamarada y a cada estruendo. Los perros caminaban tranquilos, chorreando agua del pelambre apelmazado por la humedad. Detrás, la rueda hecha bordón para no resbalar en la jabonosa arcilla mojada, la falda del sombrero de junco vuelta hacia abajo para que escurrieran las gotas, caminaba la Antuca, rompiendo con liviano impulso la red gris de la lluvia.

Pero casi siempre retornaban a su lugar con tiempo calmo, en las últimas horas de la tarde, envueltos en la feliz policromía del crepúsculo. Encerraban las ovejas en

el redil, y la Antuca entraba en su casa. Su tarea terminaba allí. Diremos de paso que la casa era como pocas. De techo pajizo, en verdad, pero sólo una de las piezas tenía pared de cañas y barro; la otra estaba formada por recias tapias. En el corredor, frente a las llamas del fogón, su madre, llamada Juana, repartía el yantar al taita Simón Robles y a los hermanos Timoteo y Vicenta. La pastora tomaba su lugar en el círculo de comensales para compartir la dulzura del trigo, el maíz y los ollucos. Los perros se acercaban también y recibían su ración en una batea redonda. Allí estaba igualmente Shapra, guardián de la casa. No se peleaban. Sabían que el Timoteo esgrimía el garrote con mano hábil.

15

La noche iba cayendo entre brumas violáceas y azules, que por último adensaban hasta la negrura. La Juana apagaba el fogón, cuidando de guardar algunas brasas para reavivar el fuego al día siguiente, y luego todos se entregaban al sueño. Menos los perros. Allí, en el redil, taladraban con su ladrido pertinaz la quieta y pesada oscuridad nocturna. Como se dice, dormían sólo con un ojo. Es que los zorros y pumas aprovechan el amparo de las sombras para saltar los rediles y hacer sus presas. Hay que ladrar entonces ante el menor ruido. Hay que ladrar siempre. Por eso, cuando la claridad es tal que las bestias dañinas renuncian a sus correrías, los canes ladran también. Ladran a la luna. Ella, la muy pingüe y alba, amada de poetas y damas románticas, hace ante los perros el papel de puma o zorro hambriento.

—Guau... guau... guauuuuúuu...

Las voces de Zambo y su familia, junto con las de otros perros vecinales, formaban un coro ululante que hacía palpar la noche andina.